

DEL CORAJE A LA PAZ

El gran Ralf Waldo Emerson nos enseñó que todo hombre es

superior a nosotros en algún sentido, y que en ese sentido deberíamos aprender de ellos

hoy, después de dos años del vil asesinato de mis compañeros de cautiverio debo confesar que Dios me brindó la

maravillosa oportunidad de conocer a seres humanos extra-ordinarios que sin duda alguna fueron y continuaran siendo superiores a mí en todos los sentidos. Y lo digo sencillamente porque ser amable, generoso, solidario, responsable, optimista y bonachón en momentos en los cuales

la vida nos sonrío es supremamente fácil, pero serlo en circunstancias absolutamente adversas, bajo la asfixiante presión de la desgracia y el permanente acecho de la muerte

exige una grandeza interior y condiciones espirituales excepcionales que no se encuentran en todas las personas. Yo que fui su compañero en la desgracia y beneficiario de su amistad y hermandad durante los años más aciagos de nuestro

paso por la tierra alcanzo a comprender un poco, solo un poco, el inmenso dolor que hoy deben estar padeciendo sus madres, viudas, huérfanos, familiares, amigos y todos aquellos que tuvieron la dicha de compartir con ellos en algún momento de sus vidas, ya que como lo dijo Schopenhauer

“ no se llora por los muertos sino por esa parte de nosotros que ha muerto con ellos”. Nadie sabe ni alcanza siquiera a imaginar lo que en ésta fecha puede estar sintiendo cualquiera de sus seres queridos, el mundo ignora por ejemplo que hoy después de dos años de la espantosa masacre de mis compañeros hay tres madres que en su mente se

niegan a aceptar que su hijo ha muerto y todos los días continúan esperándolo; que hay esposas, padres e hijos para

quienes la vida perdió todo sentido y no han logrado volver

a conectarse con el amor, la amistad, la alegría y ni siquiera con las actividades cotidianas que nos ayudan a sentir la existencia más liviana; cada caso es singular,

por

supuesto, pero en el interior de todos ellos hay alojado un abismo profundo de dolor y soledad en el que diariamente se sumergen para recordar quienes son, tomar fuerzas y con una sonrisa amable o con una mirada escéptica recordarle al mundo que la dignidad que nace del dolor es superior a la

desgracia que la origina. El martirio de mis compañeros y el sufrimiento de sus familiares no solo tienen el heroico valor del coraje, además, la dignidad con la que asumieron y continúan enfrentando a la desdicha tiene el inconmensurable valor cristiano y democrático de la renuncia al odio y la venganza, y en esa dimensión debemos apreciarlos como referentes éticos para esta sociedad que día a día parece perderse sin retorno en el laberinto de la polarización, la violencia y la auto-destrucción.

Las víctimas, como señaló Borges hemos ganado el derecho a hablar mal de la guerra, o como diría Benedetti, también tenemos derecho a odiar y a no olvidar el rostro de nuestros verdugos, pero con respeto por los maestros me atrevo a sugerir que podemos hacer algo más: debemos ser capaces de sublimar nuestro dolor y pasar a ser propositivos. Las víctimas, con toda la autoridad moral de nuestro padecimiento estamos obligadas al perdón y al buen ejemplo; nuestra actuación debe enaltecer a la especie humana, solo ello puede diferenciarnos de los victimarios y contribuir a la construcción de un mundo mejor y una sociedad más justa y más solidaria. Personalmente tengo tantas razones para odiar a Las Farc como cualquiera otra de sus víctimas; confieso que cuando me enteré del asesinato de mis compañeros por primera vez sentí odio en la vida, y ese sentimiento me carcomió y me invitó recurrentemente a los peores raciocinios hasta que con el pasar de varios meses volví a aceptar que el centro del evangelio es precisamente el perdón y la reconciliación, y que si verdaderamente me consideraba un Cristiano y un Demócrata debía superar la prueba y demostrarlo con hechos ya que ningún proyecto personal, familiar, social y mucho menos político puede edificarse sobre el odio y la venganza porque sencillamente estaríamos enviando a nuestros congéneres y a las generaciones futuras un mensaje de odio y destrucción que aun bajo el ropaje de cualquier argumentación resultaría éticamente inaceptable. Considero que infamias como la masacre de mis compañeros, las de Urrao, Bojayá, Machuca, El Nogal, el Collar Bomba, el Burro Bomba, la Bicicleta Bomba,

La María, El Kilometro 18 y toda esa gigantesca monstruosidad que aturde cualquier racionalidad y deprime toda sensibilidad deben conmemorarse acompañadas de alguna reflexión ética para que la sociedad se mire ante el espejo y jamás olvide que toda esta larga historia de barbarie y canalladas tiene el rostro de nuestra propia indiferencia, ya que lo único que realmente puede detener a los violentos es el control social expresado en repudio radical y absoluto a sus actos; frente a cualquier manifestación de violencia el silencio se convierte en complicidad, y una sociedad que tolera la violencia, que ha aprendido a convivir con ella y que en medio de un ambiente enrarecido por los intereses que se juegan en la guerra y la polarización política ha llegado , inclusive a justificarla, es realmente una sociedad enferma y que se encuentra al borde de caer en un despeñadero ético del que muy difícilmente se puede salir en décadas. Desde sus convicciones mis compañeros nos recuerdan que el conflicto armado colombiano no solo es uno de los más prolongados y degradados de la tierra sino que nos colma de vergüenza ante Dios, nuestros congéneres, la historia y, además, que todas sus víctimas y absurdas consecuencias han sido innecesarias y habrían podido evitarse con un mínimo de sensatez y humanidad porque su solución es únicamente política: Ciertamente es que cada año y a costos elevadísimos para la sociedad colombiana salen de la guerra por vía de bajas, capturas y reinserciones 3.600 jóvenes combatientes por año, pero no lo es menos que en ese mismo período ingresan a la guerrilla un promedio de 3.100 muchachos que no encontraron otra opción para ganarse la comida, y de esa absurda manera solo estamos retroalimentando el tenebroso círculo vicioso de sangre y hambre en el que estúpidamente estamos atrapados desde hace más de medio siglo; pero el sacrificio de mis compañeros también nos advierte que nuevas muertes, dolor, desolación y barbarie pueden impedirse porque LA PAZ EN COLOMBIA SI ES POSIBLE, está más cerca que nunca y le corresponderá hacerla al próximo

presidente de los colombianos, sea quien fuere el elegido. Y le tocará a él sencillamente porque ese gran anhelo más que una decisión soberana constituye un imperativo ético, jurídico y político inaplazable para el jefe del estado, y fundamentalmente porque están dadas las condiciones objetivas indispensables para lograrla: La primera que las partes necesiten de la solución y la segunda que se beneficien con ella. Hoy, y por primera vez en décadas podemos asegurar que la ecuación militar está en favor de la sociedad colombiana, Las Farc, gracias al accionar de nuestras fuerzas armadas están golpeadas (pero lejos muy lejos de su eliminación) y necesitan de la solución, requieren encontrar una salida digna a sus cuarenta y cinco años de lucha (lo que no ocurrió en La Uribe ni en El Caguán) razón por la cual y para romper de una vez por todas con ese horrendo círculo vicioso de sangre y hambre resulta indispensable y urgente que el estamento político y sus dirigentes estén a la altura histórica de las circunstancias de su pueblo y por encima del odio y los intereses ocultos detrás del gran negocio de la guerra sean capaces de diseñar y sobre todo comprometerse con una propuesta política audaz y generosa que ofrezca algo más que rendición, extradición y humillación, que complemente y no malogre todos los esfuerzos que en el terreno militar se están realizando para presionar la negociación y, que sin la ingenuidad que se evidenció en La Uribe, sin la debilidad exhibida en El Caguán , y sin la impunidad derrochada en Santa Fé de Ralito puedan emprender las reformas sociales y económicas necesarias para resolver el conflicto armado en sus causas, construir las bases de una nueva sociedad más justa y más humana y devolver por fin la anhelada paz a los Colombianos. Hoy como siempre, pero con más amor que nunca estoy absolutamente convencido que la mejor forma de honrar la memoria de mis compañeros es luchar de manera denodada por

encontrar pronta solución al conflicto armado en medio del cual fueron asesinados, y para ello seguiré insistiendo sin cesar en la socialización de la propuesta que resultó de nuestras infinitas conversaciones, así como en la necesidad del Intercambio Humanitario como único mecanismo que nos permitirá salvar la vida del Cabo Pablo Emilio Moncayo y de los demás policías y militares que desde hace más de once años permanecen encadenados a un árbol sin que hayamos hecho lo suficiente para lograr su regreso a la vida y a la libertad. Por éstos días se celebra en Colombia la fiesta del padre, y hace exactamente un mes celebramos la de las madres, yo tuve oportunidad de volver a tener esa dicha después de siete años, pero el profesor Gustavo Moncayo y su esposa tampoco pudieron hacerlo éste año a pesar que la liberación de su hijo fue ordenada desde hace dos meses en los que el odio y la intransigencia inexplicablemente han impedido su regreso. Mi familia y yo que hace poco vivimos exactamente la misma nefasta situación producto de la misma incomprensible negación sabemos del dolor que hoy acompaña a la familia Moncayo, y por eso siento que se equivocan quienes piensan que el Cabo de la policía Pablo Emilio Moncayo por su origen humilde no tiene dolientes, estoy absolutamente convencido que Moncayito, como cariñosamente lo llaman sus compañeros, no solo es el hijo del profesor y de una humilde campesina del sur de la patria, Pablo Emilio Moncayo es el hijo de todos los padres y madres de Colombia que respetan y valoran la vida, la libertad y la dignidad de todos los ciudadanos del país sin distingo alguno y a quienes nos resulta incomprensible e inaceptable el desdén que se evidencia por el tema del Intercambio Humanitario después de la operación Jake, como si la importancia de la vida y la libertad de las personas que siguen secuestradas dependiera de que tuvieran nacionalidad francesa o norteamericana.